

28. EL CRONISTA

El Antiguo Testamento, tal como los cristianos lo conocemos, se cierra en el período del post-exilio. Esto sitúa sus últimos libros entre mediados y fines del 200 aC. La historia bíblica concluye, pues, dentro de un período extraordinariamente difícil. Los judíos eran una nación derrotada, que regresaba del exilio y trataba de recuperar su antiguo país, habitado por otros pueblos desde hacía varias generaciones; pueblos que no tenían disposición alguna de darles la bienvenida, ni de reconocer su reclamación de un derecho sobre aquella tierra. Por lo tanto, la resistencia y la hostilidad contra los judíos eran altas e intensas.

Su supervivencia requería erigir símbolos de permanencia y estabilidad. Por ejemplo, implicaba la reconstrucción de los muros de Jerusalén, de la ciudad en sí y finalmente también del Templo, signo externo por antonomasia de su derecho a vivir en aquella tierra conforme a su forma de ser. El Templo significaba que aquella tierra pertenecía a Yahvé, que se la había dado a ellos. Algunos de los menos inspirados profetas menores, como Ageo, Nahúm, Sofonías y Abdías, a quien sólo dedicamos un breve párrafo en esta serie, expresan y recogen este fervor nacionalista. Fueron por ello figuras tribales al servicio de una religión tribal. Los cuatro últimos libros de los que hablaré hoy para completar nuestro repaso del Antiguo Testamento y de su paulatina formación, se escribieron en este mismo período y son 1 y 2 Crónicas, Esdras y Nehemías.

Mucha gente no tiene noción ni representación de lo que son propiamente los libros del Cronista. Gran parte de su material proviene, a veces al pie de la letra, de los libros 1 y 2 de los Reyes. Por otra parte, Esdras y Nehemías formaron parte de un mismo texto del Cronista, de modo que los cuatro libros que ahora conocemos como tales están profundamente interrelacionados. El autor que identificamos como el Cronista no era, sin embargo, un historiador, pues no se esforzó en absoluto por descubrir, probar y establecer los hechos históricos. El Cronista fue más bien un teólogo cuyo propósito fundamental fue narrar la historia judía desde un punto de vista teológico particular. Quería mostrar a los judíos de su generación lo que, según él, significaba ser el verdadero pueblo de Dios. Y, para ello, lo que hizo fue describir los reinados de David y Salomón no como realmente fueron sino como hubieran debido ser. Así pues, en los libros del Cronista, encontramos unos reyes idealizados, que no son realmente humanos.

En ninguna parte se aprecia mejor esta idealización que en la descripción que hace el Cronista de la enfermedad final del rey David, en la que el rey diseña minuciosamente los detalles de la construcción del Templo. Tal fue la manera de sugerir el Cronista que incluso el Templo fue más obra del reinado de David que del reinado de Salomón. Comparemos esto con el relato de los últimos días de David según el libro de los Reyes, que es mucho más antiguo.

En el libro de los Reyes, David está enfermo y es un anciano achacoso hasta el punto de ser incapaz de dominar la intriga cortesana en torno a quién iba a ser su heredero. Salomón, que en absoluto era el primogénito, fue quien venció en aquella intriga. Sus derechos al trono eran mínimos si algo eran. Era el segundo hijo de la relación adúltera de David con Betsabé, la mujer de Urías el hitita, a quien David mandó a la muerte. David tenía varios hijos que eran mayores y más nobles que Salomón, y que hubieran podido sucederlo en el trono. El candidato más idóneo era Adonías, al que respaldaban el sacerdote Abiatar y Joab, el jefe del ejército. A Salomón, sin embargo, lo apoyaba su madre Betsabé, la cual (obviamente presentada como una esposa tal como David jamás había tenido otra) se unió al sacerdote Zadok, al profeta Natán y a Benaías, un jefe militar y con ellos preparó su propio camino hacia la coronación, con lo cual obtuvo la bendición de David ya en vida y eliminó así las expectativas de los rivales potenciales de su hijo Salomón.

También dice el libro de los Reyes que el anciano rey, a medida que se le acercaba la muerte, sufría de fuertes escalofríos y que sus ayudantes no podían aliviarlos ni con muchas mantas. Por eso decidieron probar un nuevo remedio: organizar un concurso para encontrar a la muchacha israelita más bella, cuyo premio sería acostarse con el rey, a cuyo cuerpo aterido transferiría su calor juvenil. Abisag, la sunamita, fue la seleccionada y su nombre pasó enseguida a formar parte del folklore judío, dentro del cual inmediatamente corrió la leyenda de que ella fue la que inspiró el conocido Cantar de los Cantares o Cantar de Salomón. Con lo dicho creo que queda claro que hay dos versiones muy distintas del final del rey David: uno el del libro de los Reyes, que acabamos de recordar, y otro el del Cronista en que el Rey David muere estableciendo las dimensiones del Templo que debía edificarse.

Los libros de Esdras y de Nehemías también son obra del mismo Cronista. Esdras, el sacerdote, y Nehemías, el gobernador, fueron los guías de una de las últimas migraciones de lo que fue el retorno del exilio. Sin embargo, al leer el libro de Nehemías aprendemos más de Esdras que de Nehemías. En estos dos libros hay dos cosas que modelarán la historia posterior de Israel. La primera está en Nehemías 8 y es el relato según el cual Esdras recibió una nueva y más extensa Ley, la Toráh, que leyó luego en público, ante la asamblea del pueblo. Tras esta lectura, el pueblo se comprometió ante Yahvé a cumplir la nueva Ley y seguir sus preceptos en la nueva vida en común de la nación judía, recién refundada.

Muchos eruditos piensan que esta es la única referencia bíblica al conjunto de la Toráh (del Génesis al Deuteronomio, también conocidos como los "libros de Moisés"), que se habría escrito durante el exilio babilónico y que se habría incorporado a la vida judía con posterioridad en calidad del más sagrado de todos los escritos. En este sentido, recordarán ustedes que, cuando iniciamos esta serie sobre los orígenes de la Biblia, identificamos por lo menos cuatro líneas redaccionales principales en la Toráh. La más antigua fue el trabajo del ahora llamado documento Yahvista, porque el nombre de Yahvé era el que usaba esta tradición para nombrar a Dios. Su autor había sido un historiador de la corte, probablemente durante el reinado de Salomón (960-920 AC), a quien se le encargó escribir la historia de Israel, que él compuso destacando las instituciones de más relieve en los tiempos de David. Estas instituciones eran cuatro: el linaje real, la ciudad de Jerusalén, el Templo, y el Sumo sacerdote. Las cuatro constituían la fortaleza del pueblo y esta primera línea redaccional contaba la historia del origen y del favor con que Yahvé cuidaba estas cuatro instituciones.

La segunda fuente era el documento Elohísta que llamaba a Dios con dicho nombre. Escrito en el siglo IX (alrededor del año 850 aC.), en el reino del norte esta fuente tenía como meta justificar la rebelión y la secesión del Reino del Norte respecto de Judá, de Jerusalén, de la casa real de David y del Templo y sus sacerdotes. Cuando los asirios destruyeron el Reino del Norte en el 721 aC., alguien llevó a Jerusalén aquella versión de las Escrituras y de la historia y, con el tiempo, ambas versiones, la Yahvista y la Elohísta, se mezclaron.

La tercera línea redaccional fue el trabajo de los "autores deuteronomícos", que escribieron no sólo el Deuteronomio sino que reescribieron de nuevo todo el texto bíblico a la luz de sus intuiciones. Esta edición sucedió en torno al 625 aC. Por último, tras ella, vino la línea redaccional que conocemos "Sacerdotal", que fue producto del Exilio y del Retorno. Esta versión incorporó las reglas dominantes, tanto litúrgicas como éticas, de las que el Levítico es el libro más característico pues cubre todos los detalles de la vida judía.

Cada vez que la Toráh se cambiaba, el pueblo debía autentificar la nueva versión en un entorno litúrgico. Los libros de Esdras y Nehemías registran el momento final de la historia judía post-exilio, en el que la versión final de la Toráh alcanza la aceptación y el refrendo del pueblo. La mayoría de los eruditos piensa que, desde entonces hasta ahora, la Toráh ha permanecido más o menos igual.

La última nota que necesitamos destacar de esta última fuente que se incorporó a las Escrituras hebreas, es que ella es la que contiene y aporta la emergente tendencia a la auto-segregación étnica. El pueblo judío se debatía entre dos realidades. Primero, creer que eran el pueblo escogido por Dios. Segundo, ser

una nación derrotada y exiliada. Extraña manera de tratar Dios a su pueblo elegido. Los judíos pasaron mucho tiempo tratando de responder a este enigma. ¿Qué habían hecho mal, en qué habían fallado? ¿Por qué Dios los castigaba tan severamente? ¿Quién tenía la culpa? Tras muchas discusiones, comenzó a abrirse paso una idea que el libro de Esdras exponía: Muchos judíos habían corrompido su pureza étnica al casarse con gentiles. Esta mezcla, argumentaban los eruditos, había corrompido la fe y la práctica judías y esto irritaba a Dios. El castigo fue la derrota y el exilio. Ergo, para evitar una segunda catástrofe parecida, Esdras, el sacerdote, propuso la pureza racial: los cónyuges no judíos de los judíos y los hijos mestizos nacidos de estas uniones no santas se debían expulsar. El nuevo Judá había de ser únicamente para los judíos. Y comenzó la limpieza étnica. La gente debía demostrar la pureza de su sangre judía desde hacía 14 generaciones, ante los inspectores que recorrían el país. El prejuicio contra los no-judíos fue creciendo. Antes de que estas pasiones se calmaran, igual como ocurre con todas las que provienen de prejuicios religiosos, se produjeron dos piezas de "literatura de protesta" que también se incluyeron en la Biblia. Una fue el libro de Jonás, en que Dios ordena al profeta que predique a los impuros ninivitas. Cuando Jonás se niega a obedecer basándose en su comprensión de la pureza étnica y sus supuestos, tuvo que enfrentarse a múltiples aventuras y desventuras, hasta comprender por fin. El segundo libro protesta fue el de Ruth, la mujer moabita que servía bien a su suegra y que finalmente se casó con un judío llamado Booz, quien vino a ser el bisabuelo del rey David quien, por tanto, era impuro según las normas de Esdras.

Recordando esto completamos nuestro peculiar repaso de las Escrituras hebreas, es decir, de la primera parte de nuestra Biblia cristiana. Sin duda hemos dejado por recordar muchas cosas, pero espero haber contribuido con lo dicho a una comprensión global que está más en consonancia con lo que actualmente sabemos acerca de este fascinante libro de libros, lo cual es estimulante de cara a abandonar el literalismo y a comprender, en cambio, la riqueza y complejidad de su mensaje.

— John Shelby Spong